

Durante la época del maderismo, no fué fácil empresa el indagarlo, pues sin embargo del generoso alarde de Urueta en plena Cámara, cada vez que lo preguntaba a alguno de ellos, se refa en mis barbas, dejándome, a mi vez, en el mismo estado de aquel que solicitaba mi ayuda para ingresar en la famosa mafia. El mismo Presidente me dijo: "Conque es usted porrista! No se enfade usted, así llaman a mis amigos." Intrigado, al fin, decidí afiliarme. Aunque la celosa libertad de mi carácter y la independencia de mi posición eran conocidas, también eran notorias mis ideas renovadoras y ciertos discretos méritos revolucionarios bastante apreciables. En mi propia mesa y en presencia de mi mujer, ocurrió a Bassó (pobre gran amigo tan villanamente asesinado!) ocurrió a Bassó frente a una linda botella de añejo vino. Y mi amigo me contestó con aquella risa franca y ronca de viejo marino: "También usted me viene con 'la Porra'. No insistí... En lugar de inscribirme en 'la Porra' me mandaba a ella.

Más tarde, caído el régimen, he encontrado a muchos de los "porristas" más connotados, en Cu a, en París, en New York, en Madrid. Y al menos que yo sea un topo viajero entre tantas personas inteligentes que pasándose la vida en la misma carpeta o en la misma banqueta, lo saben todo, confieso que nada conozco del famoso mito bautizado con tan singular mote por el más insignificante de los mistificadores mexicanos.

He dicho que la política ideal de Madero, tan incomprendida por la masa criolla, fué una política de "cooperación de clases" y no de "lucha de clases". Madero fué consecuente con la transacción de Ciudad Juárez, impuesta por el deseo muy natural en civilizados de concluir con el derramamiento de sangre. (Esto, los revolucionarios "de ideales", como se iba al mismo fin aunque por distinto camino, lo aceptaron fácilmente. Los revolucionarios de ambiciones o de odios, no le perdonarán

jamás su hermosa política—única posible en aquel momento histórico—de cooperación de clases).

Pero no fué ésta la causa de su caída, por más que así lo afirmen muchos de sus partidarios y aún de sus familiares. A Madero no lo derrocó el criollo, ni el capitalista, ni el militar, ni el latifundista, ni el burócrata, ni el periodista, ni el cura; no lo derrocó Orozco, ni Reyes, ni Vázquez Gómez, ni Díaz, ni Salazar, ni el Arzobispo; Madero no cayó porque hubiera permitido a la señora Zárraga expresar sus opiniones en la calle, ni porque en Durango y Puebla hubiera ofrecido revisar las leyes de Reforma en un sentido más tolerante y más moderno; Madero no cayó porque hubiera expresado libremente su pensamiento a la manera de Wilson hoy día, ante estudiantes, militares o capitalistas; Madero no cayó por haber aceptado la colaboración de Magón, de Calero, llamados liberales, o de Lascurain, católico, pues esto se ve en todos los pueblos civilizados y aún en muchos se practica con abuso bajo el nombre de "política de rotativa", consistente en hacer pasar, sucesivamente, por el Gobierno, a los prohombres de todos los partidos y enriquecerlos; Madero no cayó porque el criollo sugestionado, hipnotizado por una prensa digna de él, le haya vuelto la espalda, ni porque el aristócrata jamás le haya dado otra cosa, pues no ignoraba el valor verdadero de la opinión "blanca" en México, personificada en el fofo, impotente y gelatinoso señor de la Barra, y por eso se apoyaba en el pueblo; Madero no cayó por no haber removido de un manazo el escalafón de empleos de la República, exponiéndose a miserables injusticias, ni por no haber repartido el presupuesto entre los mejores de sus amigos, como tampoco por haber privado de sus beneficios a los peores de sus enemigos; Madero no cayó por haber mantenido el Ejército Federal ni por haberlo reemplazado por el rural revolucionario, como no cayó por haber mejorado la suerte de los ferrocarrileros y obreros fabricantes, favoreciendo o por lo menos consintiendo sus huelgas, ni por haberse sentado en la mesa

de Inigo Noriega y Pimentel y Fagoaga; Madero no cayó por haber protegido la candidatura de su fiel Pino Suárez en perjuicio de la del discoloro Vázquez Gómez, pues habría sido el peor de los necios aceptando la candidatura de un peligroso correligionario; Madero no cayó por haber favorecido la creación del Partido Constitucional Progresista como tampoco cayó por haber consentido en la continuación del Católico; Madero no cayó por haber tenido dos parientes en su Ministerio, que le fueron leales hasta sus últimos instantes (1); Madero no cayó por no haber ejecutado a Reyes, a Díaz, a Orozco, a Pérez Castro, a Almazán o a Juan Banderas sin que un juez se lo ordenase; Madero no cayó por haber hostilizado a los extranjeros, ni porque los haya cubierto de favores; Madero no cayó por haberse mostrado dispendioso malgastando el tesoro público, ni por haber sido avarento, rehusándolo para el bien del pueblo o las exigencias de sus guerras defensivas; Madero no cayó por haber dado a Pierce lo que quitaba a Pearson, ni por haber dado a Pearson lo que quitaba a Pierce; Madero no cayó porque subiera en aeroplano ni porque cruzara la pierna en las ceremonias oficiales; ni porque fuera vegetariano, ni espiritista; (2) Madero no cayó por no haber metido

(1) Apelo a la conciencia de los hombres honrados. Por qué se habló tanto de "nepotismo"? POR ENVIDIA. Qué me importa a mí que el portero de Palacio, o el Gobernador, o el Magistrado sea primo del cuñado del compadre de la cocinera del Presidente? No creo que en el gobierno maderista haya habido más nepotismo que en cualquier otro; pero confieso que jamás me importó saberlo. Que se enseñe a los hombres a no vivir del presupuesto y lo que a mí no me importa, tampoco importará a nadie. Lo que me importa en todo caso, es que no se malgasten los fondos públicos con grangerías a parientes o a no-parientes. Sin embargo, en los países monárquicos, mucho menos infelices que nuestras flamantes "democracias", los parientes del soberano disfrutaban de gages, títulos y honores por el solo hecho de serlo, y si yo, simple comerciante, empleo a mi pariente, a mi compadre, a mi amigo, no sólo porque son tales, sino porque les tengo más confianza como tales, qué razón hay para que no los prefiera desempeñando cargos de responsabilidad pública e histórica?

(2) El más imperialmente majestuoso de los magnates, Guillermo II, ha subido en globo. Alfonso XIII, en Andalucía, se presenta en el terno típico del país, como Nicolás de Montenegro y el mismo Nicolás de Rusia, usan de preferencia los vestidos populares. En Europa, hasta las damas más encopetadas

en la cárcel a todos los calumniadores y criticones que en el periódico, en la tribuna, en el corrillo, se entreteñan en mortificar no a él, sino a sus amigos. A Madero no lo tiró el hacendado Terrazas, ni el banquero Braniff, ni el militar Félix, ni el cura Mora, ni el político Moheño, ni el libelista Rábago, ni el condotiero Orozco, ni el gachupín Valdez o Saturnino que sufragó los gastos de las revoluciones felixistas. A MADERO LO DERRIBO LA BALA QUE VINO A HERIR EN SU PUESTO A LAURO VILLAR INUTILIZANDOLO PARA LA DEFENSA Y PONIENDO ESTA EN MANOS DE LA TRAICION CONFABULADA.

En noviembre de 1912, cierto abogado cuyo nombre no descubro, pero a quien seguramente no volveré a saludar, me contaba que entre todos los de "La Porra" no había una sola persona decente. Ante tan global afirmación, no pude menos que nombrar a Pino Suárez, pues tanto en Mérida como más tarde en México, se me había afirmado que el Vicepresidente era un hombre honorable y generoso. — ¡Pino Suárez honrado! ¡pero qué cándido eres! Pino Suárez.... Mira, confidencialmente te voy a probar quien es Pino Suárez. Hace pocos días vino a consultarme cierto propietario de quien soy apoderado. El Ministro de Instrucción Pública lo había mandado llamar para cerrar la compra por el gobierno de una de sus casas que sería destinada a escuela. Como para concluir el trato en la suma de doscientos mil pesos, el ministro exigiera que la documentación fuese extendida por trescientos mil, mi cliente deseaba saber si en mi entender no había ningún peligro, pues la operación era para él

cruzan la pierna. Abstinente fué el gran Charcot, como espiritista Víctor Hugo. En una fiesta deportiva, he visto al Presidente Wilson tirar una pelota ante cien mil espectadores.... pero es también verdad que la sencillez republicana de Taft, al presentarse en la línea fronteriza al General Díaz, sin oropeles ni actitudes, provocó la indignación de los grotescos pedantes que, con su amo como bajo palio, nos pusieron en ridículo ante aquellos hombres de razón y de juicio....

aceptable y aún ventajosa. El negocio se hizo, me consta, y Pino Suárez se embolsó cien mil pesos.— Bien, interpuso, esto si es un caso concreto. ¿Puedes probármelo?— Me lo veda el secreto profesional, no puedo darte el nombre de mi cliente.— ¿Pero me das tu palabra de honor que te consta este hecho?— Sí te la doy.

Conozco este abogado desde hace quince años y aseguro que todo el mundo lo tiene en México por serio y honorable.

Regresando de Europa a Cuba, nueve meses después de la tragedia que costó la vida al Vicepresidente, trabé conocimiento con cierto honorabilísimo ingeniero que en compañía de su esposa retornaba a México. Las amistades en los viajes trasatlánticos se hacen bien pronto y cuando se inician con una simpatía verdadera, las confidencias no tardan en abrirse camino. El matrimonio había sido vecino del Vicepresidente, llegándose a establecer relaciones y a cambiar visitas. La señora se expresaba con gran admiración y recordaba a su esposo que aquella amiga de pocos meses, conocida en plena dicha, se encontraba ahora viuda, cargada de familia, *sin fortuna*, arrimada a parientes caritativos.... (1).

Pero calumnia, calumnia.... que algo queda. ¡Oh, los miserables! Todo el mundo sabe hoy día en Yucatán que Pino Suárez murió sin fortuna. ¡Cuántos años tardarán los febreristas activos y platónicos en comprender, a fuerza de sangre y luto, el crimen que han cometido sacrificando todo lo puro, todo lo bueno y prostituyendo lo más caro que tiene el hombre, su propia conciencia! Si la ignorancia es la inercia del espíritu, la calumnia invasora y escurridiza, es la ponzoña corrosiva de

(1) Un honorable banquero francés, gerente de cierta gran empresa establecida en México, me decía lo siguiente: Fíjese Ud. en este raro caso: Jamás se ha hablado tanto en México de robos y nepotismo como durante el gobierno de Madero. Y es curioso que no conozcamos, en la Capital por lo menos, una sola persona que se haya enriquecido a su sombra. Muchos maderistas han muerto o se han retirado más pobres que antes del régimen. Podrá afirmarse otro tanto del gobierno porfirista, y sobre todo del huertista?

los malos corazones, el hongo maligno de las conciencias. Entre el negro Otelo y la blanca Desdémona, llega Yago, escupe y mata....

Pero qué más, ¿no decía todo el mundo a "sotto voce", cuando se lanzó la candidatura de Pino Suárez, que Madero la favorecía porque iba a aliarse en matrimonio con su familia, ignorando que el viril periodista tabasqueño era casado y tenía varios hijos? ¿No se lanzó a profusión la especie de que la familia Madero, una de las más sólidamente ricas y prósperas del país, se había lanzado a la revolución para librarse de la bancarrota? Pero a qué enumerar. Calumnia, calumnia.... Durante veinte meses, la atmósfera de México se cargó de impudencia, de infamia. Las menos innobles de las armas que la reacción empleara, fueron los cañones de la Ciudadela.

Pero el cliché estaba hecho, había que incrustarlo en la conciencia pública. A la mítica "porra" había que oponer una "mafia" muy efectiva, una "mafia" que se encargara de poner "fierros" a todo el pueblo mexicano, tal como se hace con la caballada de las haciendas. Se hacía el "fierro" y se calentaba al rojo blanco. Los periódicos y cada uno de los afiliados, en su círculo de acción particular, se encargaban de aplicar aquel sello candente, indeleble, en las reblandecidas conciencias de la criollaría vocinglera y estulta. El Presidente era inatacable porque era inofensivo. Aquel hombre fuerte tenía una debilidad: un amor apasionado por su país. Aquel amor de amante afortunado, de enamorado correspondido y satisfecho, lo maniataba haciendo del audaz reivindicador, del luchador intrépido y convencido, una prodigiosa amalgama de consentida debilidad en el sentimiento y de fuerza invencible en la acción; dispuesto siempre al esfuerzo, resignado de antemano al sacrificio, fatalista como todos los grandes fanáticos, resuelto a inmolarlo todo, en cualquier momento, de cualquier manera, antes del triunfo, como después de la victoria, en aras de su fogoso patriotismo. Aquel gran obstinado,

aquel gran vidente, era un gran benevolente. Vencedor, olvidó opresores y oprimidos y centralizó sus esfuerzos en mejorar la suerte de todos. No conocía científicos, ni reyistas, ni maderistas y quizá, entre todos los de su partido, fué el único que jamás se sintió maderista. No conocía más que mexicanos. Hubiera querido abrazarlos a todos, confundiéndolos en un solo abrazo. Hubiera querido besarlos a todos, absolutamente, de manera tan absoluta como un río besa a otro río, como la ola besa la arena. En este beso se coló Judas.

Su patriotismo y su benevolencia eran demasiado evidentes, su pureza demasiado manifiesta. La inepta leyenda de que se hubiera lanzado a penosisima propaganda cruzando gran parte del territorio en medio de mil peligros, para salvar de la bancarrota a su familia, cayó bien pronto, pues se consideró demasiado maravilloso que un hombre llevase su estulta abnegación al extremo de sacrificarse por mezquinos intereses y cargárase la conciencia con la monstruosa infamia de ensangrentar a su país y cubrirlo de luto y lágrimas para tan bastardos fines; sin detenerse en meditar demasiado, por otra parte, en lo inverosímil de que una familia de nueve hombres, todos robustos y trabajadores, admirablemente preparados para la lucha en los mejores colegios del extranjero, recurriese a medios tan peligrosos, tan criminales y tan tortuosos para salvarse de compromisos pecuniarios. La endeble leyenda de la "locura" tampoco resistió largo tiempo a las tímidas incursiones del sentido común en aquel campo devastado por la dictadura: si el General Díaz fué derrocado por un loco, ¿quién era, pues, el General Díaz? Y todos aquellos hombres maduros y sesudos que seguían al Apóstol sin disputarle el puesto supremo eran, pues, otros tantos locos? Porque ¿cómo se concibe que cincuenta intelectuales que discuten, deliberan, acuerdan, puedan reconocerse inferiores a un loco, poniéndolo en el lugar de honor e invistiéndolo de todas las facultades y la necesaria autoridad para emprender la más arriesgada de las aventu-

ras, en cuyo azar jugaban las cabezas de todos ellos? ¿Cómo explicar que aquellos hombres cuyos trabajos en pro de las nuevas ideas eran conocidos en los clubs, en las esferas políticas, escogieran para su jefe a un "joven de buena familia", nacido en la opulencia y adoleciendo, —como se lo figurarían seguramente en un principio aquellos viejos luchadores— adoleciendo de toda la insignificancia y el afeminamiento tan generales en nuestras acomodadas clases criollas? Las patrañas de la "bancarrota de la familia" y la "locura" del "cosechero de Parras" rodaron bien pronto, desmoronadas por su propia inconsistencia, "al abismo insondable de la nada".

Había que inventar otra cosa. La mafia reaccionaria recordó la vieja verdad que yo formulo de esta manera: "Miente mejor quien mejor se acerca a la verdad". Para que lo "verosímil" se torne en "verdadero" no hace falta más que una cosa: la prueba. Pero dada la indigencia cívica de aquella generación de esclavos, la prueba podría substituirse con la "presunción moral". ¿No había bastado esa "presunción moral" durante treinta y cinco años para llevar a los ciudadanos al presidio o al cadalso? El Presidente tenía un hermano que, entre los cinco que le habían seguido en su empresa, se distinguió por su actividad y por su inteligente radicalismo. Gustavo Madero era un hombre de negocios. Esto no lo distinguía mucho de los demás, pues yo no conozco un Madero que no lo sea. Pero además de hombre de negocios, Gustavo era tuerto. Por mucho que la cruel y áspera "indelicateza" peninsular haya podido modificarse en nuestro trópico, aún subsiste, en el fondo, esa penuria moral que hizo la gloria de Quevedo y paseó con monotonía de cascabel, por toda España, los chascarrillos del tartamudo Carreño. Santa-Anna se llamó el cojo Santa-Anna; González, el manco González; Félix Díaz, el padre, el Chato Díaz. Gustavo Madero se llamaría "Ojo Parado".

Cuando su pasión antisemita inspiró a Drumont este mote genial para designar al semijudío Gambetta: "tuerto sonoro", toda Francia rió de la ocurrencia; pero

nadie se hubiera atrevido a exhibir su mal gusto intentando prolongar una broma en la que nunca hubo el propósito de castigar en el tribuno tan involuntaria imperfección y que, como todas las buenas bromas, no debía durar más allá de lo que una rudimentaria piedad y las reglas del buen gusto permiten. En Francia, los motes que se refieren a defectos físicos, sólo entre los apaches prosperan.

Don Gustavo Madero había arriesgado toda su fortuna para reconquistar la libertad de su país y restaurar la independencia del poder judicial, criminalmente subordinado a una corrompida plutocracia. Tallado a la moderna, poseedor de vastos conocimientos prácticos, hombre de acción experto y resuelto, comprendió toda la extensión de los ideales de su hermano mayor y puso su fortuna al servicio de la idea "para cuando llegara el momento de comprar fusiles". Los directores de la revolución saben hasta que punto cumplió su palabra y la historia dirá algún día lo que aquella magna obra de redención debió al talento y a la cálida y vigorosa actividad de este gran calumniado. Labor es ésa que no cabe en incompletas y descosidas notas. Los deudos, los amigos de Don Gustavo Madero, tienen el grave e indeclinable deber de rehabilitar su memoria, para darle el lugar que merece en el corazón de sus conciudadanos.

Los futuros historiadores de la revolución de 1910 incurrirían en una grave injusticia con la verdad histórica si al lado de la excelsa figura de Madero no apareciera el hermano cuya mirada vigilante le siguió hasta perder, en salvaje atentado digno de cafres, antes que la vida la vista. Fuerza consciente e irresistible, don Gustavo Madero fué el músculo de la revolución y de la defensa. El japonés Yoskida Shoin, a cuyo país estaba destinado en grata misión, podría escribir esta estrofa sobre la tumba de los excelsos sacrificados mexicanos:

"De sobra conocía que mi labor acabaría en muerte;
Pero el espíritu de la patria me impulsaba
A afrontar los acontecimientos sin vacilar".



Gustavo A. Madero

Yo hice un viaje de México a Monterrey con don Gustavo Madero, en su propio vagón, el 29 de diciembre de 1912. Un amigo común me había invitado a emprender ese viaje en su compañía, con objeto de que trabásemos conocimiento y aclarásemos una inepta calumnia. Restando las ocho horas de sueño, aquellas treinta horas de conversación, entre cuatro de sus viejos camaradas, me ilustraron sobre muchos asuntos que hasta entonces yo no había podido explicarme, y pude comprender el juicio de uno de mis amigos, caballero inglés, que sintetizaba en estas palabras: "Don Gustavo Madero siente como un mexicano, piensa como un francés y obra como un anglo-sajón". A mi directa pregunta de que teniendo, no el poder, sino el derecho de acabar con una infame campaña acusando a sus calumniadores, satisfizo mi curiosidad de esta manera: "Se ha dicho, quizás con fundamento, que soy un impulsivo y quiero probarme que soy capaz de dominar mis impulsos. Por otra parte, es justo que hablen después de haber estado amordazados tanto tiempo". Consideró largamente la "cuestión india", la "cuestión agraria" sin cuya resolución no habría nunca en México "ni justicia ni paz duradera" y aquel hombre de acción que confesaba no haber tenido tiempo, en dos años, de leer un libro, exponía en sus grandes líneas todo un proyecto de "homestead" para resolver de manera equitativa y práctica el gravísimo problema de la redención india, causa verdadera de aquella segunda guerra de independencia. Mostraba cálculos, exponía cifras, descartando cuidadosamente toda hipótesis, toda utopía y buscando lo "posible", lo "realizable" con admirable sentido práctico. El indolente egoísmo de nuestros hacendados, de nuestros "estancados", lo exasperaba, pero no perdía de vista sus derechos, la necesidad y el deber de respetarlos, concluyendo con la afirmación, que revelaba todo su exuberante optimismo, de que en los nuevos sistemas no habría dañados, pues se trataba, por el contrario, de bus-